

## LA OTRA LEYENDA NEGRA: EL EJEMPLO DE HAWAI

A. W. Crosby

El inglés es el idioma más ampliamente difundido en el mundo. Es, si se quiere, la lengua franca de nuestro tiempo, la lengua de trabajo para los pilotos de aviones y para los controladores aéreos. Es el primer idioma de las Islas Británicas, de la América que está al norte de México, de Australia, de Nueva Zelanda, de las antiguas Antillas Británicas; y el segundo idioma de millones de personas de la India, Malasia, etc. El inglés es el lenguaje de la investigación, es decir, muchos trabajos importantes de investigación, sin importar en qué idioma original están publicados, circulan por todo el mundo traducidos al inglés. Por lo tanto, es una gran desventaja ofender o haber ofendido a los de habla inglesa. Si ellos creen que eres grosero o pecador, que tus ropas no son correctas, que tu cocina es aburrida, entonces esta mentira circulará por todo el mundo mientras que la verdad quedará en casa.

Durante muchos siglos, las personas de habla inglesa han creído (hasta este siglo se les enseñaba desde temprana edad) que la conquista y colonización de América por el imperio español fue homicida, que asesinaron a propósito a millones y millones de indios —los fusilaron, los mataron a golpes de sable, los mataron de hambre, y les hicieron trabajar hasta que se murieron. Esta es la conocida *Leyenda Negra*, que ha sido rechazada por la investigación, pero que todavía forma parte de la cultura popular en muchas partes del mundo.

La *Leyenda Negra* viene principalmente de dos fuentes. Una era la triste verdad de

que los conquistadores hicieron muchas cosas horribles a los indios (como sus equivalentes entre los imperialistas ingleses, portugueses, franceses, holandeses, rusos y norteamericanos y podemos suponer, como hicieron los aztecas en sus años de expansión). El imperialismo es normalmente un negocio sangriento. Aquí no voy a defender o a absolver la crueldad humana. Soy un historiador, no un cura. La otra fuente principal de la *Leyenda Negra* fue el sentimiento anti-español común en Francia, y las pasiones anti-españolas y anti-católicas comunes en la Europa protestante en el siglo XVI y siguientes. La competencia imperialista y la competencia sectaria se ayudaron mutuamente para producir un odio particularmente virulento y distorsiones de la realidad histórica en ambos lados.

La fuente de documentación más importante de la *Leyenda Negra* es la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* (1552), escrita, curiosamente, por un español y católico devoto, Bartolomé de las Casas, un misionero dominico en el Nuevo Mundo. Fue una de las figuras más admirables del primer siglo del Imperio Español en América. Fue llamado «Apóstol de las Indias» y «Protector de los Indios», dedicó su vida a intentar salvar a los nuevos súbditos de la monarquía española de una explotación innegable y cruel impuesta por los conquistadores: de aquí la indignación expresada en sus copiosos escritos y especialmente en la *Brevísima Relación*. Este es uno de los escritos propagandísticos más efica-

ces de todos los tiempos. En sus primeros doscientos años fue publicado tres veces en italiano, otras tres en latín, cuatro en inglés, seis en francés, ocho en alemán y dieciocho en holandés. Fue poco efectivo como estímulo para la caridad cristiana hacia los indios, pero sirvió como justificación de los prejuicios anti-españoles y anticatólicos. A él se debe el origen de la Leyenda Negra.

La *Brevisima Relación* de Las Casas, suficientemente dura en español, aumentó su rencor en la traducción como indican los títulos de las ediciones inglesas: «Las lágrimas de los indios: un relato histórico y real de las crueles masacres y matanzas de más de veinte millones de personas inocentes» (1656) y «El papismo verdaderamente mostrado en sus sangrientos colores: o Una narración fiel de las horribles masacres, carnicerías, y otro tipo de crueldades sin precedentes, que el infierno y la maldad pueden inventar...» (1689). No es mi propósito aquí y ahora criticar la Leyenda Negra. Esto se hizo hace mucho. El puro sentido común muestra que los españoles no querían masacrar metódicamente a los indios. ¿Por qué querían los conquistadores destruir lo que ellos mismos habían conquistado? La tierra americana no tenía uso sin trabajadores, por eso se llevaron eventualmente diez millones de esclavos africanos desde el otro lado del Atlántico. Las famosas encomiendas no eran tanto lotes de tierra, como lotes de grupos de indios, que estaban obligados a servir y dar tributo a los encomenderos. Un encomendero con poca vista podía empezar por exigir mucho de sus súbditos, pero ¿por qué iba a matarlos? Con lo dicho alcanza (un inglés diría «no hace falta pegar a un caballo muerto»). Acabaré con dos frases de *El auge del Imperio Americano Español* (1947) de Salvador de Madariaga: El amor a la tribu hizo que los ingleses, los franceses y los holandeses ennegrecieran a los españoles: pues el imperio más rico y mayestático que el mundo había visto fue durante trescientos años una cantera para que Inglaterra, Francia y Holanda construyeran sus propios imperios. España tenía que estar equivocada para que Francia, Holanda e Inglaterra, y más tarde Estados Unidos, tuvieran razón.

No voy a condenar la Leyenda Negra por-

que sea falsa, sino por ser una super-simplificación. Voy a señalar una verdad más complicada. La Leyenda Negra no fue una mentira, sino una interpretación errónea de lo que puede haber sido la experiencia colectiva más horrorosa de la historia del *Homo sapiens*, una experiencia que empezó en las Islas Canarias, y se repitió en las Antillas, y luego en todas las Américas, Australia, Polinesia, Micronesia, Siberia, etc. cualquiera que fuera la nacionalidad o la religión de los imperialistas.

Las Casas dijo que en 1492 las Antillas y los continentes más allá de ellas estaban habitados por tal número de personas que parecía que Dios hubiese puesto en aquellas tierras «la mayor parte de la raza humana». Dijo también que por la época en la que él escribió, en la década de 1540, los españoles habían exterminado a tres millones de personas en La Española, 500.000 en las Bahamas, y muchos más en el continente, alcanzando los doce millones, y probablemente los quince. El no era un estadístico: podemos estar seguros, por ejemplo, de que la mayoría de la humanidad vivía en el Viejo, y no en el Nuevo mundo pero, si aceptamos que era un hombre del siglo XVI que utilizaba las cifras de manera impresionista y no matemáticamente, entonces debemos dar un trato muy respetuoso a sus palabras. Había muchos indios en 1492, y el número de muertes a destiempo que se produjeron hasta 1540 fue enorme. Las Casas dijo esto junto con otros muchos testigos, y lo mismo dicen los historiadores demográficos actuales que han examinado los datos. En el siglo XVI los Tainos y Arawaks de las Antillas y sus parientes en las Bahamas se extinguieron, y las vastas poblaciones de México, Perú, Nicaragua, etc. decrecieron tan rápidamente que uno de los problemas más graves de los conquistadores fue la falta de trabajadores. Una palabra que uno lee una y otra vez en las crónicas del inicio del imperio hispano-americano es despoblación. La población india se contrajo. ¿Por qué? ¿Por la brutalidad española? Se ha hablado mucho de esa realidad desagradable, pero situarla como culpable principal de la despoblación es atribuir a los conquistadores, que, después de todo, eran pocos, una eficiencia sobrehumana, y creer

que los indios eran imbecilmente incapaces de defenderse a si mismos.

Volvamos a la *Brevísima Relación* de Las Casas. La traducción inglesa de 1656 describe a los indios como gentes que «*are most delicate and tender, enjoying such a feeble constitution of body as does not permit them to endure labour...*». El original las describe como «las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complisión y que menos pueden sufrir trabajos», y continua —cosa que omite la traducción— «que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad...». Mi lengua materna no es el español, y no puedo pretender, después de 450 años, conocer lo que Las Casas quería decir exactamente, pero si «enfermedad» significa simplemente «enfermedad», entonces la frase de Las Casas encaja con lo que otros documentos contemporáneos nos dicen sobre el efecto de las enfermedades epidémicas del Viejo Mundo en las poblaciones indias, además de lo de lo que los epidemiólogos nos dicen que hay que esperar cuando enfermedades nuevas infectan poblaciones vírgenes, es decir, poblaciones que anteriormente no habían sido expuestas a dichas enfermedades.

Las poblaciones indias estaban, sin duda, debilitadas por la explotación europea, pero —más importante— estaban indefensas frente a la mayor parte de infecciones que los europeos traían de Eurasia y de Africa. No tenían ni defensas genéticas, ni las que se adquieren por el contacto en la infancia. Estas enfermedades incluían al menos la viruela, el sarampión, la peste bubónica, la malaria, la fiebre amarilla, la disentería amébrica, y la gripe. El México central sufrió cincuenta epidemias devastadoras entre 1519 y 1810. El registro fragmentario de lo que ocurrió en Yucatán muestra catorce epidemias. La historia del Perú es parecida. Fue común que la población disminuyera en un 90 por ciento o más.

Lo mismo es verdad en toda América. Por ejemplo, el primer episodio de la historia del asentamiento inglés en el área de Carolina y Virginia en Norteamérica es una epidemia a finales de la década de 1580: los indios «empiezan a morir muy rápidamente, en muchos pueblos 20, en algunos 40, en otros 60, y en uno 120 que en verdad eran muchos en relación a sus números... La enfermedad

era tan estraña que ninguno sabía qué era, o cómo curarla, nunca había ocurrido nada parecido según los más viejos». Cuando, cien años después, el gobernador inglés de Carolina del Sur señaló que la población india local había disminuido mucho desde la primera llegada de colonos, dio las gracias a Dios por haber enviado un «Angel Asirio» sobre los aborígenes con «viruela y otras enfermedades para disminuir su número de manera que los ingleses, en comparación con los españoles, no eran culpables de tanto derramamiento de sangre india». La triste historia fue la misma en la costa del Pacífico en la del Atlántico. La viruela al parecer se extendió por el área del estrecho de Puget en la costa noroeste de Norteamérica en 1782 ó 1783, y cuando el capitán George Vancouver navegó por el estrecho en 1793, encontró indios con marcas de viruela, y huesos humanos en la playa de Port Discovery —cráneos, costillas, brazos...— en tal cantidad que le produjo la impresión que era «un cementerio general para todos los que mueren en el país». La historia fue la misma para las poblaciones aisladas en el resto del globo. En 1788 los ingleses se asentaron por primera vez en New South Wales en Australia, y en los años siguientes una infección se extendió entre los aborígenes, matando quizá a la mitad de los que vivían en el area de Sydney. La enfermedad avanzó hacia el interior, y décadas después los exploradores europeos encontraron ancianos con marcas de viruela en las profundidades de New South Wales, Victoria, y Australia del sur, supervivientes de lo que fue probablemente la primera epidemia australiana.

Pondré el ejemplo más claro que conozco de la importancia de las enfermedades en la disminución de una población aislada en contacto con los europeos, en comparación con la pérdida a causa de la masacre, hambre y explotación en el trabajo. Las Islas Hawái, que probablemente no fueron descubiertas por los europeos hasta 1788 (y si fueron descubiertas anteriormente fueron «perdidas» poco después) estaban pobladas por uno de los pueblos más aislados de la tierra. La estimación más baja de su número hecha por la expedición de James Cook fue de 242.000 en 1778. Es probable que el número real sea superior. Sea como sea, no

necesitamos saber la población isleña en el siglo XVIII para ver en la historia de Hawai un ejemplo de colapso demográfico. La historia demográfica de los hawaianos es muy clara después de 1823, año en que los primeros misioneros empezaron a dejar registros. En 1823 el número de hawaianos era de 135.000. En 1835-6 de 108.000. En 1850, cuando se hizo el primer censo formal, de 84.000. En 1853 de 73.000. En 1866 de 63.000. En 1878, un siglo después de la llegada de Cook, la población había descendido a 58.000, de la que sólo un 80 por ciento tenía antepasados hawaianos. En los cincuenta y cinco años entre 1823 y 1878 el número de hawaianos descendió en un 64 por ciento. El descenso en el siglo comprendido entre 1778 y 1878 fue superior ya que la peor epidemia en una población aislada es casi siempre la primera, lo que ocurrió entre los hawaianos durante el vago período comprendido entre 1778 y la llegada de los misioneros en 1823.

El descenso en picado se produjo a pesar de que durante el primer siglo después de Cook, Hawai mantuvo a sus monarcas nativos, quienes, con toda su corrupción, ni mataban ni aprobaban la matanza de sus súbditos. Este declive tuvo lugar a pesar de la falta de oro, plata o minas de sal en las que legiones de nativos trabajaran hasta la muerte. Este declive se produjo a pesar de que la agricultura de plantaciones no apareció hasta un siglo después de la llegada de Cook. Se produjo a pesar de que casi siempre había aprovisionamiento suficiente de comida para cualquiera dispuesto a trabajar en el campo y a pescar. El declive se produjo en parte debido a la importación de armas de fuego y alcohol, pero principalmente a causa de la importación de enfermedades venéreas, viruela, sarampión, gripe, tuberculosis, y otras infecciones continentales. Los hawaianos en 1778 tenían sólo unas pocas enfermedades contagiosas, como es de

esperar en una población aislada de menos de un millón de personas. En contraste, el ambiente de las gentes continentales que llegaron a las islas hawaianas en 1778 y después, contenía muchos tipos de enfermedades infecciosas, incluyendo las más peligrosas conocidas por la humanidad.

Los acontecimientos dan pruebas e ilustran las diferencias. El rey Liholiho y la reina Kamamalu de Hawai navegaron a Inglaterra en noviembre de 1823 «para visitar a su Majestad el Rey (George IV), para recibir consejos amistosos..., para incrementar su conocimiento del mundo, agrandando su visión de la sociedad humana». Llegaron a mitad de mayo de 1824, y se alojaron en el hotel Osborne Caledonian, en Londres, fueron atendidos por el Secretario de Estado para Asuntos Externos, Canning, y visitaron los teatros, en los que ocuparon el palco real. Mientras se hacían los preparativos para su recepción en la corte, contrajeron el sarampión, una de las infecciones más frecuentes entre los niños europeos, pero desconocida en las islas Hawai. Ambos murieron en julio de 1824<sup>1</sup>.

En el caso del rey Liholiho y la reina Kamamalu, como dice la frase, Mahoma fue a la montaña, a la montaña de la enfermedad, en este caso. En el caso de la mayoría de los hawaianos, la montaña fue a ellos. Después de 1778 los hawaianos estuvieron expuestos a una entrada de extranjeros repletos de gérmenes peligrosos tal como los mismos hawaianos notaron. En octubre de 1806 el jefe de la Bahía de Anahooroo (Honolulu?) de la isla de Hawai impidió que un comerciante entrara en el puerto al saber que había un hombre enfermo a bordo. El jefe temía que entrara una enfermedad, «la desgracia había venido anteriormente de un barco americano». En la década de 1820 un misionero dijo que los nativos ignorantes daban la culpa a los extranjeros por la mayo-

<sup>1</sup> Kuykendall, *Hawaiian Kingdom, 1778-1854*, 76-8. Muchos hawaianos que viajaron en barcos hacia el exterior tuvieron un final parecido. El capitán Anasa Delano en *A Narrative of Voyages and Travels* (Boston, 1817) explica una historia terrorífica de marineros hawaianos que cogieron la viruela en Canton, «lo cual

acostumbraba a ser mortal para ellos, y las penas y sufrimientos de las pobres criaturas desafiaban la descripción, muchas escenas de las que yo había sido testigo, despertarían la compasión de cualquier hombre con un mínimo de humanidad».

ría de las enfermedades<sup>2</sup>. Ellos sabían mejor que él qué ocurría.

Citaré algunas de las epidemias más importantes que ha habido en Hawai. El semi-mítico *oku'u*, quizá el peor ataque de enfermedad en la historia de las Islas, se produjo en 1804 aproximadamente. Tres personas y 400 cerdos se sacrificaron en vano para aplacar a los dioses. No se escribió mucho sobre el *oku'u* hasta muchos años después del suceso, y no podemos estar seguros de si sólo se dio en Oahu o afectó a todo el archipiélago. Parece ser que fue una especie de infección diarreica, y quizá acabó con la mayoría de los hawaianos. Si la regla de los epidemiólogos, de que en un pueblo aislado las primeras epidemias son las peores, es cierta, entonces el *oku'u* pudo haber sido tan dañino como dice la tradición oral<sup>3</sup>.

En 1848-49 tres epidemias arrasaron las islas a la vez: el sarampión, la tosferina (aparentemente se daban ambas por primera vez), y un tipo de gripe. Se creyó que California, donde se acababa de descubrir oro y con la que estaba aumentando el contacto, era el origen de las dos primeras. La tasa de mortandad por enfermedad aumentó hasta el 10 por ciento, y la mortalidad total no fue inferior a 10.000 personas<sup>4</sup>. La infección procedente de tierra firme más temida era la viruela. El 10 de febrero de 1853, el buque Charles Mallory llegó de California con una bandera amarilla ondeando en su mástil: había viruela a bordo. La enfermedad no apareció en los hawaianos hasta cuatro meses después, demasiado tiempo para una enfermedad epidémica como la viruela, y quizá la llegada del Mallory no fuese

más que una coincidencia. Tal vez la infección llegó realmente, por ejemplo, en baúles de ropa vieja desde San Francisco. Seguro que llegó en algún barco. Antes de que esta epidemia se apagara por sí sola al año siguiente, hubo según cifras oficiales 6.405 casos y 2.485 muertes. Los números reales probablemente fueron más altos. Las muertes, en la estimación más baja, ayudan considerablemente a explicar el descenso de población en las islas de casi 84.000 personas en 1850 a 73.000 a finales de 1853, un descenso muy fuerte incluso para las lúgubres estadísticas de Hawai. Las tasas de mortalidad y nacimiento eran de 105 por mil y 20 por mil respectivamente en 1853<sup>5</sup>. (Quiero señalar aquí también lo inapropiado de las terapias polinésicas, y la falta de los más mínimos cuidados que llevaban a la infección tanto de adultos como de niños, todos indefensos contra la viruela, como también contra las enfermedades que los pueblos del continente llamaban enfermedades infantiles)<sup>6</sup>.

El efecto depresivo de esta enfermedad sobre la moral de los hawaianos puede haber sido mayor que el sugerido por el número de muertes. Veinte años después Samuel M. Kamakau recordaba la apariencia y el olor de las víctimas:

Una persona podía estar cubierta de llagas desde la cabeza a la planta de los pies —ninguna parte era respetada—. Tenía llagas en la boca, en la nariz, en la cara, en las orejas —sólo los dientes y las uñas estaban a salvo—. La casa parecía que olía como a veneno.<sup>7</sup>

<sup>2</sup> John Martin, *An Account of the Natives of the Tonga Islands* (Londres, 1818), 1, 36-37; C.S. Stewart, *Journal of a Residence in the Sandwich Islands during the Years 1823, 1824, and 1825* (Nueva York, 1828), 114.

<sup>3</sup> Robert C. Schmitt, «The Okuu —Hawaii's Greatest Epidemic», *Hawaiian Medical Journal*, XXIX (mayo-junio 1970), 359-64; Sheldon Dibble, *A History of the Sandwich Islands* (Honolulu, 1909), 38,58; James Jackson Jarves, *History of the Hawaiian Islands* (Honolulu, 1847), 97; Daniel Tyerman y George Bennet, *Journal of Voyages and Travels* (Londres, 1831), I, 423-4.

<sup>4</sup> *The Friend*, VII, N° 3 (1 marzo 1849), 20; Laura Fish Judd, *Honolulu, Sketches of the Life, Social, Political and Religious, in the Hawaiian Islands from 1828 to 1861* (Honolulu, 1828), 138; Schmitt, *Demographic*

*Statistics of Hawaii* 10, 37.

<sup>5</sup> Richard A. Green, «Oahu's Ordeal — The Smallpox Epidemic of 1853» *Hawaii Historical Review*, 1 (julio, 1965), 221-42; Kuykendall, *Hawaiian Kingdom, 1778-1854*, 412; Schmitt, *Demographic Statistics of Hawaii*, 10, 12.

<sup>6</sup> Laura Judd, *Honolulu*, 138-39; Gerrit P. Judd, «Remarks on the Climate of the Sandwich Islands» *Hawaiian Spectator*, I (abril 1838), 22; Alonzo Chapin, «Remarks of the Sandwich Islands» *Hawaiian Spectator* (N° 2 1838), 261-2. Para más información el artículo de Crosby «Virgin Soil Epidemics as a Factor in the Aboriginal Depopulation in America», *William and Mary Quarterly*, 3 Series, XXXIII (abril 1976), 289-99.

<sup>7</sup> Samuel M. Kamakau, *Ka Po'e Kahiko, The People of Old*, trad. Mary K. Pukui (Honolulu, 1964), 105.

No faltaba ningún desafío a la supervivencia de los hawaianos a mitad del siglo. Incluso la lepra, que según la tradición europea es la enfermedad más repugnante, llegó algo antes de mitad de siglo, probablemente de Asia, y actuó con más libertad entre los hawaianos que entre los extranjeros<sup>8</sup>. Aunque no es un factor significativo en la despoblación, fue una fuente de perplejidad para los hawaianos nativos y una excusa más para el racismo europeo.

Las epidemias introducidas por primera vez, y las enfermedades altamente infecciosas —*oku'u*, sarampión, tos ferina, gripe y viruela— causaron una mortandad espectacular. De todos modos no podemos dejarnos hipnotizar por ellas. Fueron un factor obvio en la despoblación de las islas, pero el factor decisivo fue el que impidió que los hawaianos volvieran a aumentar en número entre estas epidemias. ¿Qué era lo que los mataba entre una y otra epidemia? y ¿qué redujo su tasa de nacimiento? Debemos reconocer la importancia de las enfermedades menos espectaculares, las infecciones que acababan con un número constante de recién nacidos y bebés, y que se llevaron a la tumba a muchos adultos diez o veinte años antes de lo normal. El diario de Francisco de Paula Marín, uno de los primeros habitantes europeos, que estuvo entre 1809 y 1826, hace referencia a estas enfermedades: «11 de enero de 1820. Todo el mundo está resfriado», «20 de mayo de 1824. Muchas muertes y mucha tos», «1 de febrero de 1825. Hay muchos enfermos con fiebre y resfriados y muchas muertes»<sup>9</sup>. No podía llamarse a esto una epidemia, sino más bien un corrosivo y continuo flujo de infección. Unos años después los Drs. Andrews y Alonso Chapin observan que la mitad de los niños nativos mueren antes de cumplir dos años, la mayoría de algo que vagamente llaman «fiebres». El Dr. Chapin se da cuenta que esas infecciones infantiles eran «las

semillas de numerosas enfermedades futuras...»<sup>10</sup>.

Los escasos registros médicos de los isleños en la primera mitad de la década de 1800 hacían continuas referencias a vagas dolencias como «fiebres», «catarros», «infecciones oculares» y «disentería»<sup>11</sup>. Los visitantes europeos de los pueblos hawaianos siempre notaban la suciedad y el polvo lo que ayuda a explicar los problemas oculares<sup>12</sup>. Las disenterías tal vez son explicadas por la llegada de nuevos patógenos y comidas estropeadas del extranjero. En cuanto a los «catarros», los barcos de tierra firme siempre llevaban a las islas nuevas variedades en continua evolución de los virus de gripe y resfriado.

Un chiste europeo decía que el vestido típico de los hawaianos era «una sonrisa, un *malo* (una especie de taparrabos), y una erupción cutánea». Los granos, las pústulas, y las llagas eran ubicuas. El Dr. Chapin atribuyó la abundancia de las enfermedades cutáneas en los hawaianos a la suciedad de sus ropas y de sus colchones, una explicación poco convincente ya que también hizo notar su afición al agua y a los baños. Las enfermedades venéreas, que a veces se manifiestan en lesiones cutáneas, explican algunos casos de «erupción cutánea». En la categoría de enfermedades cutáneas el Dr. Chapin también incluía la escrofulosis, una infección tuberculosa del sistema linfático, algunos signos de la cual a veces se muestran en la piel. La tuberculosis pudo haber llegado muy pronto, pues estaba presente en la tripulación del capitán Cook. Sin lugar a dudas llegó a tierra con los primeros misioneros, algunos de los cuales eran tuberculosos cuando llegaron. El Dr. Chapin escribió: «la escrofulosis no sólo es muy frecuente, sino también muy dañina». Si el bacilo de la tuberculosis estaba tan difundido como el Dr. Chapin y otros dicen, podía ser el causante de muchas de las enfermedades que estaban diagnosticadas

<sup>8</sup> Ralph S. Kuykendall, *The Hawaiian Kingdom, 1854-1874* (Honolulu, 1953), 72-5.

<sup>9</sup> Ross H. Gast, *Don Francisco de Paula Marín, A Biography; The Letters and Journal of Francisco de Paula Marín*, ed. Agnes C. Conrad (Honolulu, 1973), 237, 288, 292.

<sup>10</sup> Chapin, op. cit., 261; Cheever, *Island World of*

*the Pacific*, 233.

<sup>11</sup> Chapin, op. cit., 252; Judd, Gerrid, op. cit., 22; Jarves, *History of the Hawaiian Islands*, 13; Cheever, op. cit., 224-5.

<sup>12</sup> William Shainline Middleton, «Early Medical Experiences in Hawaii», *Bulletin of the History of Medicine*, XLV (septiembre-octubre 1971), 450.

vagamente como «catarros» y «asma». Esto puede dar una explicación parcial a la frase del Dr. Gerrit P. Judd: «La mortalidad de los nativos, de todos modos, no parece ser específica de una única enfermedad, sino que morían súbita e inesperadamente a causa de cualquier enfermedad»<sup>13</sup>. Los sistemas inmunológicos puestos a prueba por las continuas infecciones tuberculares podían colapsarse por el stress adicional.

Los hawaianos pudieron tener algunas infecciones venéreas antes de 1778, aunque la libertad de su moral sexual hace pensar que no tenían ninguna que fuera dolorosa, desfiguradora o mortal. Estas pudieron llegar primero con la expedición de Cook cuando visitó el archipiélago en 1778<sup>14</sup>. El capitán Cook intentó evitar los contactos sexuales entre miembros de su tripulación con infecciones de este tipo y los hawaianos, pero los primeros estaban ansiosos de mujeres y los segundos tenían una tradición contraproducente de hospitalidad sexual con los extranjeros importantes. Cuando Cook volvió a las islas el mismo año algunos de los hawaianos ya tenían lesiones de enfermedades venéreas. Cuando el explorador francés La Perouse llegó a la isla en 1785 no encontró a las mujeres atractivas: «sus escasos vestidos nos dejaban entrever que muchas padecían la sífilis». El capitán George Vancouver, que había ido primero a la isla como oficial de Cook, volvió en 1792 y escribió sobre el libertinaje de los hawaianos «una costumbre nueva, enseñada quizás por los voluptuosos civilizados que han sido sus continuos visitantes en los últimos años»<sup>15</sup>. Cuando el capitán Urey Lisiansky llegó a las playas de la

isla de Hawai en 1804, intentó impedir los contactos sexuales entre sus hombres y las mujeres hawaianas, no por temor a que los hombres pudiesen infectar a las mujeres, sino viceversa<sup>16</sup>.

La extensión de las infecciones venéreas se aceleró al llegar más y más extranjeros al archipiélago. Durante cuatro décadas a partir de 1819 las islas fueron la encrucijada más importante en el Pacífico Central para aprovisionar, reparar y gozar de permisos en tierra para los marineros de los barcos balleneros. En 1855 el médico William Hillebrand dijo que en su opinión no había otro lugar en la tierra donde las infecciones venéreas fuesen tan comunes como en Hawai. Dijo que «no es una afirmación gratuita, sino basada en la experiencia y en el cálculo aproximado, que de 10 nativos 9 padecían o habían padecido durante su vida alguna de estas enfermedades». El archipiélago se convirtió en un «gran burdel», dijo David Malo, el hawaiano cristianizado y desculturizado favorito de los misioneros. «Por esta causa Dios está enfadado, y está haciendo que disminuya la gente y ellos caen en la desolación»<sup>17</sup> (por «gente» entiende, por supuesto, no europeos sino hawaianos). La baja tasa de nacimiento de los hawaianos desconcertaba y fascinaba a los europeos. Los moralistas victorianos la atribuían a «la maduración prematura y agotamiento de los poderes de reproducción». Creían que la generosidad sexual se disminuía la fertilidad «como la historia de la prostitución muestra que se da en todos lados, aunque no sepamos porqué»<sup>18</sup>. Sir Paul Edmund Strzelecki, famoso explorador de Australia

<sup>13</sup> Gerrit P. Judd, op. cit., 22, 26; Chapin, op. cit., 252, 255-6, 258-9; W. S. Middleton, op. cit., 445, 450.

<sup>14</sup> El problema de qué enfermedades venéreas existen en el Pacífico, así como dónde y cuándo, es muy discutido y se ha escrito mucho sobre ello. Ver, por ejemplo, Peter Pirie, «The Effects of Treponematosi and Gonorrhoea on the Populations of the Pacific Islands» *Human Biology in Oceania*, I (febrero 1972), 187-206; y Stannard, *Before the Horror*, 69-77.

<sup>15</sup> George Vancouver, *A Voyage of Discovery to the North Pacific Ocean and Round the World* (Londres, 1801), I, 377-8.

<sup>16</sup> J. C. Beaglehole, *The Life of Captain James Cook* (Stanford, 1974), clix-clxi, 575, 577, 638-9, 709; *The Voyage of La Perouse Round the World in the Years 1785, 1786, 1787, and 1788*, (Londres 1798), I,

98; Urey Lisiansky, *A Voyage Round the World in the Years 1803, 4, 5, and 6*, (Londres 1814), 103; Marshall Sahlins, *Islands of History* (Chicago, 1985), 1-5.

<sup>17</sup> Kuykendall, op. cit., 305-13; W. Hillebrand, «Report on Labor and Population» *Transactions of the Royal Hawaiian Agricultural Society*, II, (Nº 2, 1855), 75; David Malo, «Decrease of Population», *Hawaiian Spectator*, II, (abril 1839), 128. Incluso Herman Melville, que estaba en Hawai durante esta época y que no puede ser acusado de mirar la situación desde la óptica de los misioneros, estaba horrorizado; ver Herman Melville, *Typee, a Peep at Polynesian Life* (Evaston, 1968), 256-8.

<sup>18</sup> William F. Blackman, *The Making of Hawaii* (Nueva York, 1899), 213-4.

y uno de los pilares del imperio británico, tenía una teoría sobre la baja tasa de reproducción de los hawaianos y de otros pueblos indígenas que había visto en sus viajes por el Pacífico y América del Norte y del Sur. Según la Ley de Strzelecki (como la llamó modestamente) una vez una mujer nativa da a luz a un niño de un hombre blanco, se vuelve estéril con los hombres de su propia raza. No explicó cómo llegó a esta conclusión, pero dijo que «su ley era tan coherente aunque tan misteriosa como el resto de las leyes sobre la generación»<sup>19</sup>.

La Ley de Strzelecki era una interpretación sumamente auto-justificante de la evidencia de que los hombres blancos estaban extendiendo las enfermedades venéreas entre los aborígenes del Nuevo Mundo y Oceanía. Estas infecciones mataron a muchas mujeres, a muchos fetos y a muchos niños en los primeros años de vida. Rollins, cirujano del barco de La Perouse en 1786, dijo que vio niños hawaianos de siete y ocho años con las lesiones de enfermedades venéreas congénitas<sup>20</sup>. Las enfermedades venéreas endémicas probablemente explican en parte la citada debilidad general de la población, y también explican esos hawaianos «ciegos, con narices enteramente destrozadas, bocas monstruosamente desfiguradas» caminando por Honolulu mucho antes que la lepra llegara a la isla. Lo peor era el daño causado por las infecciones venéreas en el sistema reproductivo de las mujeres hawaianas, que impedía la concepción y el nacimiento de miles de niños. James J. Jarves, uno de los primeros historiadores hawaianos, escribió en 1847 que las enfermedades venéreas estaban envenenando «las propias fuentes de la vida»<sup>21</sup>.

No hubo Bartolomé de las Casas enfurecido para criticar la explotación y el maltrato europeo en Hawai, ni tampoco hubo rivalidades imperiales o religiosas para estimular la acusación de genocidio. Por tanto no hubo Leyenda Negra en Hawai. Sin embargo el colapso demográfico de la población hawaiana fue casi tan total como el de los Tainos en las Antillas, y no fue inferior

al de los indios de México o Perú. Este proceso aterrador continúa. Los Yanomami, el último gran grupo aislado de las Américas, unas 9.000 personas, están actualmente al borde de la extinción. Viven en la frontera entre Brasil y Venezuela, donde se ha descubierto oro. Bandas de buscadores de oro (*garimpeiros*) han invadido su territorio. Estos invasores, además de su propensión a la violencia, son muy peligrosos por las enfermedades que llevan. En los últimos años la población de los Yanomami ha disminuido en un 10 por ciento, a pesar de la ausencia de viruela y otras muchas enfermedades famosas históricamente, a pesar de la disponibilidad de algunos tratamientos médicos modernos, y a pesar de la intervención ocasional del gobierno de Brasil en defensa de los derechos de los Indios. Los Yanomami hacen un análisis simple de su situación médica: «Los hombres blancos causan enfermedades; si los blancos no existiesen, las enfermedades tampoco existirían». Charles Darwin hizo una interpretación similar hace 150 años: «Donde quiera que los europeos han pisado, parece que la muerte ha perseguido a los aborígenes. Si miramos la amplia extensión de América, la Polinesia, el Cabo de Buena Esperanza, y Australia, siempre encontramos el mismo resultado».

La verdad no es que los blancos, o los europeos per se, sean la causa de enfermedades especialmente mortales. La verdad es que los habitantes de sociedades densas y cosmopolitas no sólo tienen la rueda, la pólvora, la imprenta, los aparatos de radio, etc., sino que también tienen las enfermedades de sociedades masificadas y cosmopolitas. Cuando estas personas, dotadas de su tecnología y malditas por su carga de enfermedad, se ponen en contacto con gentes que estaban aisladas, los recién llegados practican la guerra bacteriológica, incluso si sus intenciones eran buenas. Los invadidos sufrirán epidemia tras epidemia, disminuirán rápidamente, y en algunos casos llegarán a extinguirse. La Leyenda Negra se refiere, pues, a una tragedia verdadera y común en la historia de la humanidad.

<sup>19</sup> W. Blackman, op. cit., 214; H.M. E. Heney, *In a Dark Glass, The Story of Paul Edmond Strzelecki* (Sidney, 1961), 164.

<sup>20</sup> *Voyage of La Perouse*, 98.

<sup>21</sup> Chapin, op. cit., 257-8, 263; Hillebrand, op. cit., 73, 75; Jarves, op. cit., 232.